

Los últimos descubrimientos arqueológicos en Cuba*

Fernando Ortiz**

Digitalización: Larisa Cepero Figueras y Odlanyer Hernández de Lara

La aparición del libro de Mr. M. R. Harrington titulado *Cuba before Columbus*, que ha visto la luz pública bajo los auspicios de la *Heye Foundation*, o sea del *Museum of the American Indian* de Nueva York, en cuyo análisis ya nos hemos ocupado anteriormente, la honradez científica con que ha sido escrito, lo valioso de las exploraciones que le sirven de base y lo oportuna que ha sido la redacción de un estudio sintético sobre esa rama de la ciencia cubana, nos han movido a comentarlo ampliamente, llevándonos a preparar un resumen de la *Historia de la arqueología cubana* (1), en el que siguiendo el rumbo trazado por Harrington, como antes lo fuera por el notable norteamericano Fewkes, hacemos reseña de los descubrimientos publicados hasta el día, damos la bibliografía fundamental de nuestra paleoetnología, ampliando con sendas citas el breve ensayo de Harrington, e indicamos cuáles fuentes de estudio son de estimarse como más convenientes para una provechosa interpretación de los datos y monumentos arqueológicos a nuestro alcance.

A esa introducción histórico-bibliográfica Harrington dedica los cinco primeros capítulos de su obra. Los siguientes están consagrados a las exploraciones realizadas en Cuba por encargo de la ya recordada institución científica neoyorquina, en estos últimos años; y su examen es de sumo provecho para el arqueólogo cubano.

En la extremidad oriental

El capítulo sexto, titulado *La extremidad oriental de Cuba*, comprende una exposición de lo que fue el campo de las investigaciones arqueológicas en 1915, o sea el territorio de la República comprendido desde Guantánamo hasta el cabo de Maisí.

Harrington describe sobriamente, pero con notable precisión, la naturaleza montañosa de aquella abrupta región cubana, sus farallones y sus escalonadas mesetas de caliza cuaternaria, penetradas por cuevas profundas y superficiales, frecuentadas por cubanos de nuestros tiempos y por los indios, que una colonización cruel extinguió por completo.

Las principales exploraciones arqueológicas se efectuaron en ese distrito de Maisí y término de Baracoa, de difíciles comunicaciones; donde el transporte rodado es casi desconocido; donde la agricultura se mantiene, en medio de la vegetación lujuriosa de la virginidad tropical, sin arados, ni rastrillos, ni tractores, ni carretas siquiera, sino a fuerza de machete, hachas y azadones; donde no hay caña; donde sólo los cafetales y cacaguales han sobrevivido de las viejas plantaciones de los primeros siglos de la colonia.

Harrington describe el territorio de Maisí, sus ríos, su suelo, la Gran Tierra de Maya, y señala la extraña diferencia de clima entre la alta meseta, húmeda y fría en las noches, y la costa baja, seca y cálida. Esta diferenciación climática puede haber influido, dice el autor, en la distribución de la población india. Los *ciboneyes*, de atrasada cultura, trogloditas en su mayor parte, alimentados principalmente de pejes y tortugas, habitaron la costa. En cambio, los conquistadores *taínos*, más civilizados, ocuparon las altiplanicies para poder dedicarlas a los cultivos y construir sus poblaciones estables, no penetrando en las cavernas sino como refugios transitorios, ocultación de riquezas y enterramientos. Acaso Harrington pudo añadir la dedicación religiosa de las cavernas, y no simplemente la funeraria; pero de los templos subterráneos de nuestros indios habrá de tratarse en otra ocasión.

* Artículo publicado en Cuba Contemporánea, Tomo XXXI. No. 121. Enero de 1923, La Habana.

** Fernando Ortiz y Fernández (1881 - 1969) Nació en La Habana, Cuba, el 16 de julio y falleció en la propia ciudad, el 10 de abril. Antropólogo, Jurista, Arqueólogo y Periodista. Estudiante de las raíces histórico-culturales afrocubanas. Para más información: <http://www.cubaarqueologica.org/html/person/ortiz.htm>

En algunos lugares, sigue Harrington, *taínos* y *ciboneyes* han confundido sus huellas, pero no es esto lo usual; aunque los cursos de agua potable, aquí como en todas partes, han influido muy mucho en la selección de lugares habitables por ambos pueblos.

Harrington reseña la vegetación más importante; los pejes y mariscos que alimentaban a los indios, los *cobos*, las *siguas*, los caracoles de tierra o babosas, los cangrejos de tierra, las tortugas o *jicoteas*, los insectos, los pájaros, las *jutías*.

Dedica un párrafo al *perro mudo* de los cronistas de estas Indias, del cual asegura hallado restos, que con los dientes de mono hallados por Montané, en una cueva india, un hueso de mapache descubierto por Poey, y un hueso de pecarí, especie de cerdo, encontrado por Harrington en un depósito aborígen cerca de Maisí, aseguran la existencia de esos animales en Cuba, acaso esporádica, y domésticos quizás entre los indios.

Otro animal, cuyo contacto con los *ciboneyes* debe presumirse, a juzgar por los frecuentes hallazgos de sus huesos, juntamente con desechos humanos, en antiguas cuevas, es el *megalocnus*, que debió de pesar algunos centenares de libras y proporcionar abundante alimento a los primitivos cazadores. El naturalista Prof. Barnum Brown, de Nueva York, cree que esas bestias debieron extinguirse en Cuba bajo la persecución de los indios.

Harrington, analizando la población presente de la región, cree que no es rara la sangre india. “Uno puede encontrarse varias personas de pronunciadas funciones indias en una jornada y en casi todas direcciones, en el distrito de Baracoa.” En casi todos los casos se trata de individuos con sangre blanca mezclada; pero alguna vez que otra puede verse algún tipo que parece puro. La mezcla india con sangre africana no puede estimarse, porque la huella negra borra los perfiles indios, y solo raramente se ve un mestizo con facciones indianas.

En Yateras, Harrington cree hallar grupos de casi pura ascendencia india, así como en Yara y Playa Blanca, cerca de Jauco, donde en 1915 existía una familia de estirpe aborígen, que habitaba en una gruta.

Entre los habitantes de esa zona explorada aún se notan supervivencias indias, además de sus casas, sus métodos agrícolas, y hasta, en cierto sentido, su género de vida. Hasta en su lenguaje se encuentran más vocablos *taínos*, que en el corriente vocabulario guajiro. De todo ello tratará Harrington en la segunda parte de su obra, que en breve verá la luz pública, y que será, por lo prometido, altamente

instructiva.

En la región de Jauco

El capítulo séptimo dedícalo el autor a las exploraciones realizadas cerca de Jauco, comenzadas en enero de 1915 por Harrington, siguiendo instrucciones del benemérito servidor de la ciencia Mr. George G. Heye, debiendo seguir el plan que trazara el malaventurado arqueólogo Mr. Theodor de Booy.

El explorador visitó la Cueva del Muerto en Siboney, sorprendiéndose de hallar, lo que por lo leído no debía esperarse en Cuba, trozos de sílex o pedernal, además de cenizas, conchas, huesos animales, tiestos, percudidor de piedra y un pendiente de otro inesperado material, de hematites.

Después, Harrington visitó una cueva en Aguadores, cerca de Guantánamo, y un depósito de desechos en Cajobabo, hallando en ambos, restos de pedernal, rascadores, tiestos, hachas, majadores y otros objetos, que no parecerían fuera de lugar, por ejemplo, en una colección arqueológica procedente de Long Island, en Nueva York.

El autor pasa luego a narrar con amenidad, a la vez que con precisión científica, sus descubrimientos en la costa de Maisí, entre Jauco y Punta Caleta. Este capítulo, como toda la obra, está ilustrado con detallados mapas, minuciosos planos, multitud de fotografías y dibujos del natural, que reproducen los más típicos e interesantes objetos entre los hallados.

Harrington encontró prontamente dos distintas culturas, la de la costa y la de la “tierra alta”, en relación a los lugares donde se hallaban sus restos distintos, las cuales pueden llamarse la *ciboney* y la *taína*.

En Mesa del Sordo, donde fue hallado hace años un magnífico *dujo*, que hoy posee el Coronel Federico Rasco, encontró un amuleto o *cemí* en perfecto estado.

En Mesa Buena Vista fue hallado el único lugar de población *ciboney* al aire libre, en Oriente, pues los otros restos de ese pueblo se hallaron siempre en las cuevas de la costa. También en esa *mesa* se encontró Harrington un cráneo *taíno* artificialmente formado, y restos humanos.

En una cueva, media milla al este de Jauco, ocupó una vasija y restos de un *dujo* de madera.

En Cueva Caletica se hallaron dos capas de desechos; la superior con restos de vasijas *taínas*, la inferior con *gubias* y

otros utensilios hechos de concha de caracoles marinos o *cobos*, característicos de la civilización *ciboney*.

Entre éstos, algunas vasijas hechas de grandes *cobos* y otros univalvos, arrancándoles la espina interior, como los encontrados años atrás por Cosculluela, Montané y el que esto escribe en el *mound* o caney de Guayabo Blanco, en la costanera norte de la Ciénaga de Zapata. Además, cuentas hechas de nácar, sumergidores de redes, majadores, morteros y bruñidores de piedra, dientes de tiburón, astillas de pedernal y raspadores de sílex con el corte cóncavo, probablemente destinados a trabajar puntas de lanza.

En unas grutas del río La Caleta, en un yacimiento *ciboney*, hubieron de adquirir, entre otras menudencias, un pinjante con perforación en un extremo, hecho de la columela de un *cobo*, cuentas hechas de caracolitos y conchas marinas, morteros de piedra, etc. Llamaron la atención unos morteros *estacionarios*, grabados en la roca.

En otra cueva, que se llamó *de los huesos*, al lado izquierdo de la Caleta, halló un depósito de huesos humanos quemados, pertenecientes a multitud de individuos, lo que hace suponer que se trata de un lugar de cremación o *enterrorio* de huesos quemados.

La caverna de La Caleta fue recorrida en gran parte, sin hallar el fin; pero un rincón de una de las *salas* y cerrado por gruesas piedras, hallaron un esqueleto de indio, y a la salida de la gruta, en un depósito de huesos y conchas, algunos restos de *megalocnus*.

De la región de Jauco obtuvo Harrington un ejemplar, único, de anillo o sortija de barro, simulando una cabeza humana, un plato hecho cuidadosamente de concha (por lo que no parece *ciboney*), un pasador y una lezna de hueso, etc.

El Monte Cristo y Ovando

El capítulo octavo se titula *Exploraciones en Monte Cristo y Ovando*.

En Montecristo hay un lugar de población, con algunos lometones de desechos, y allí se encontraron varias vasijas de barro en buen estado, con ornamentación *taína*, asas con cabezas humanas o de animales, hachas petaloides, rascadores de concha y de sílex, pinjantes de conchas, incrustaciones de nácar para ídolos de madera, trozos de metates, etc. En cuevas próximas se halló el mejor cacharro de la colección de Harrington, un bastón de madera con el puño imitando la cabeza de un caimán, y una especie de pala de madera con incisiones decorativas; todo ello de cultura *taína*.

También halló Harrington un terraplén paralelogramo artificial y dos caneyes o *mounds*.

En la boca del río Ovando, de muy difícil acceso, vieron cuevas primitivas y sitios de población, algunos ya explorados años atrás por el Dr. Carlos de la Torre. En una de esas cavernas se descubrieron varios esqueletos humanos, uno de mujer, restos del de un niño, y otros de varón, unos con la cabeza hacia el Sur, otro hacia el Noroeste. El mal estado de conservación de los huesos, a pesar de la sequedad de la cueva, y la normalidad de los cráneos, hacen opinar a Harrington que se trata de esqueletos de *ciboneyes*.

Entre los objetos desusados aquí descubiertos se relacionan una placa de concha perforada a centro, que se halló cerca del pecho de un esqueleto; muy elaborados majaderos de cuarzo; un pequeño guijarro o *china* redonda, con decoración en un lado, parecido a los dados usados por algunas tribus de Norteamérica; y una puntiaguda herramienta de concha.

En una cueva, entre Punta Quemada y Punta Maisí se halló el más característico depósito de restos *ciboneyes* en Oriente, sin un solo objeto *taíno*. Entre cenizas y millares de huesos de tortuga y unos pocos humanos dispersos, encontrándose numerosos pedernales elaborados y los demás objetos propios de la cultura *ciboney*, unas cuentas de conchas, en forma nueva, un doble mortero de piedra y su piedra majadero, “todavía roja de moler hematites para pintura”. Además, dos morteros *estacionarios*, como dice Harrington, cavados en un bancal de la roca, usados para moler la hematites.

En una de las planicies de la Gran Tierra, lugar llamado La Patana, se descubrieron otros sitios de población y cuevas. Allí se verificó el mejor hallazgo de la expedición, según Harrington, consistente en un plato, fuente o artesa de madera labrada. Este “extraordinario” objeto, así dice el arqueólogo, es de *guayacán*, madera muy resistente y de larga duración. En la cara interior cerca del mango, está cuidadosamente grabado con abundantes motivos ornamentales, simétricamente dispuestos, y parece que un tiempo tuvo cuatro incrustaciones de nácar, como también en los ojos de la grotesca cabeza, que figura en el asidero.

Harrington observando el ornamental carácter del grabado y la cabeza esculpida en el asa, la cual representa probablemente un *cemí* o deidad, cree probable que ese plato figurase en alguna ceremonia religiosa, o al menos debió de ser la fuente donde comía algún personaje *taíno*. Nos permitimos comentar aquí que estimamos como indudable el carácter religioso del adminículo ceremonial

descrito por Harrington, por varias razones, que en otro trabajo arqueológico trataremos de publicar en breve.

Las exploraciones de De Booy en Oriente

En el capítulo noveno del libro analizado, el autor abre un paréntesis para narrar los trabajos arqueológicos llevados a cabo en la Gran Tierra por otro explorador etnógrafo, M. Theodor de Booy, en 1914, por encargo del mismo museo de la *Heye Foundation*. Es un justo homenaje a su memoria.

El infortunado arqueólogo examinó unos de esos amontonamientos de desperdicios de la alimentación o *cocinas*, que se llaman *conchales*, *middens*, *kjökkenmöddings*, *sambaquis* o *paraderos*, en la finca Sitges, de la Gran Tierra, y de sus observaciones comparativas con investigaciones hechas previamente en Jamaica y Santo Domingo, dedujo que los indios iban a la costa del mar a buscar mariscos con que alimentarse, que allí en la playa extraían el animal (*Strombus gigas*) de su concha y que regresaban a su residencia mediterránea llevando solo la carne alimenticia. Así se explica, según Booy, la comparativamente escasa acumulación de conchas en los *middens* propiamente dichos, a la vez que explicaría los conchales de *guamos* y *cobos* tan frecuentes en las costas de las Antillas, alguno de ellos en el cabo de Maisí. Que los indios iban al mar por alimentos, lo prueba la presencia de huesos de pescados en los *middens*.

Booy halló también algunos tiestos de alfarería de barro amarillo rojizo con alguna ornamentación, declarando que no los había hallado hasta entonces en sus exploraciones por las Antillas, excepto en las islitas Caicos.

En Aserradero descubrió vasijas de barro *boat-shape* o sea en forma de bote, o *navicular*, que le recordaron otras análogas de Jamaica.

Llama la atención acerca de lo numerosas que son las cabezas de mono en la ornamentación de la cacharrería indígena, habiendo sido objeto de viva discusión entre los arqueólogos antillanos, el uso de ese animal como motivo por los alfareros indios.

Últimamente, dice, gracias a las investigaciones del Dr. L. Montané, quien encontró en Cuba la mandíbula de un mono en un depósito aborigen, se ha probado concluyentemente que los primitivos pobladores de Cuba tenían monos domesticados y hasta podría ser que estos animales hubiesen sido venerados por los indios en sus ritos.

En la finca *Caridad* encontró también Booy otros objetos curiosos. Un pinjante pequeño y plano, de nácar, perforado

para su suspensión, probablemente uno entre muchos objetos semejantes que formaron un collar. Quien estas líneas escribe, permítase anticipar su idea de que se trata de un pequeño amuleto o joya religiosa, como explicará en otra oportunidad.

Otro dije halló, que califica de amuleto; y otro amuleto de piedra tubular le fue regalado por el Dr. I. Llamas, de Baracoa. Este ejemplar es muy interesante, análogo a los pendientes tubulares *taínos* o *aruacas* de Jamaica y Puerto Rico, descritos por Charles W. Mead, o hallados por Booy en otras Antillas. El amuleto ha sido perforado horizontal y verticalmente para la suspensión y en el centro tiene una grotesca cabeza grabada en alto relieve. El arqueólogo considera este ejemplar como uno de los mejores de piedra encontrados en Cuba.

Otro curioso ejemplar de piedra es una cabeza esculpida y ornamentada, de unas 5 pulgadas de altura, que parece fue destinada a ser montada en un bastón para usos ceremoniales. También en este caso creemos que se trata de un adminículo ritual.

Descubrimientos en La Patana

Con el capítulo X comienza el volumen II de la primera parte de la obra de Harrington. Está dedicado al lugar de población y cuevas de La Patana en la Gran Tierra de Maya. Después de referirse a las trochas que tuvieron que *picar* para abrirse un camino seronero, y a los recios trabajos para alcanzar esa meseta, cuenta de los hallazgos: restos de univalvos terrestres y marinos, piezas de alfarería (algunas restaurables) muy decoradas y con las grotescas cabezas ornamentales en las asas, tan propias de los *taínos*, pinjantes, cuentas de concha y piedra coralífera, etc. Halló, además, el adorno de orejas u *orejera*, característico de los indios, hecho de concha; algún pequeño ídolo o muñeca de barro; un plato hecho del hueso de algún gran cetáceo, con buenos grabados, varias hachas petaloides y los bruñidores de piedra usados para construirlos; en resumen, halló una pequeña pero típica y valiosa colección de la cultura *taína*.

En La Patana se encontraron varias cavernas funerarias o enterrorios. En la llamada No. 1 se descubrió el esqueleto de un viejo, que se clasificó como *taíno* por su cráneo aplanado. Observa el explorador que esos esqueletos de cráneos artificialmente deformados se hallan en las oquedades más internadas de las grutas, mejor conservados que los depositados en capas inferiores del piso de las mismas, que no tienen deformaciones en las calaveras; lo cual induce a pensar que esos cráneos aplanados pertenecen a la raza *taína*, distinguiéndose de la precedente o *ciboney*.

Otros esqueletos se hallaron y dos depósitos de huesos descoyuntados, pertenecientes a tres individuos.

Al fondo de la cueva N. 2 vieron una especie de plataforma construida con ramas de árbol, cortadas y trabajadas con hachas de piedra y, salvo en un caso, sin auxilio del fuego. Aunque eran de madera dura, su antigüedad las había casi descompuesto, tanto que sólo las extremidades de algunas pudieron ser llevadas para el museo. Bajo esa plataforma había dos capas superpuestas de guano de murciélago y de tierra y cenizas. La capa superior contenía huesos humanos en muy mal estado, que parecían caídos de la rústica plataforma, descompuestos en forma desusada, como lo estaban los travesaños de la pequeña *barbacoa*, por la acción química del guano. En la capa inferior, la tierra y la ceniza estaban mezcladas con fragmentos de esqueletos humanos quemados, sin restos de ningún artefacto.

En la gruta No. 3 hallóse un depósito de cenizas y restos de millares de huesos humanos quemados, tampoco con restos de artefactos de la industria del hombre.

Otra serie de cavernas de La Patana, merece ser llamada por Harrington la más notable de toda la excursión arqueológica.

La serie de cavernas comprendía varias grutas que penetraban la roca en varias direcciones y niveles, formando corredores o túneles, pozos, rotondas, superpuestos a veces. En aquellas cavernosas profundidades el naturalista cubano Dr. Rodríguez pudo capturar un majá, murciélagos, alacranes sin cola, etc. La atmósfera enrarecida, que llegaba a apagar las luces de los exploradores, hizo también la vida imposible a los indios en aquellas oscuras anfractuosidades subterráneas; pero la ruda labor de los exploradores fue recompensada al regreso, en el salón de entrada donde se sorprendieron con el hallazgo de interesantes petroglifos.

La cueva se llamó del *cemí*, por haberse descubierto una gruesa estalagmita de unos 4 pies de altura, en cuya parte superior estaba grabada una ruda cara, con sólo dos ojos y narices. Este rostro *miraba* hacia el Oeste. En la misma estalagmita y mirando al este, había otra cara, mejor compuesta, con ojos, nariz y boca. Otros grabados formaban círculos alrededor de esta cara oriental, como una banda, y otros sugerían el símbolo de unos genitales masculinos.

La posición de esta cara es interesantísima pues, por disposición de la naturaleza, en cierto tiempo, durante la mañana, al menos en junio y julio, un rayo de sol filtra por una grieta, cae sobre el ídolo y lo ilumina por unos minutos.

La parte sur de la estalagmita ofrece una tercera cara indicada por tres oquedades artificialmente excavadas. Y el costado norte, aparte de una estría que parece indicar la oreja de la gran cara oriental, contiene rudimentos de una cuarta cara. Las fotografías insertadas por Harrington dan una idea de la importancia del objeto descubierto, que se encontraba a la salida de esas profundas y escalonadas cavernas, visible a la luz del día. Ello explica cómo pudo ser grabada por los indios y utilizada indudablemente para fines religiosos, a pesar de no habitar aquéllos la parte interior de esas grutas por lo enrarecido e irrespirable de su ambiente. Esto, unido al misterioso ruido de millones de cucarachas y millares de murciélagos, añadía un nuevo aliciente a la religiosidad del lugar, escogido, sin duda, como templo por aquellos primitivos terrícolas.

El notable ídolo fue aserrado cuidadosamente en cinco trozos, pues pesa unas 900 libras, envasado y llevado a Nueva York, donde habremos de ir a admirarlo los cubanos y a estudiarlo, si queremos trabajar en la arqueología nacional.

Además, esa caverna está decorada con varios petroglifos, esculpidos en las paredes. Harrington los reproduce en fotografías; pero su interpretación nos parece prematura y fuera de esta ligera reseña y comentarios. Creemos que éste fue el descubrimiento más importante de todas las expediciones Booy-Harrington.

En la propia boca de la gruta, donde estaba el ídolo llamado *cemí*, se halló frente a la imagen un depósito de tierra denegrida con cenizas, huesos de jutías, tortugas, pejes y unos pocos pedernales y tiestos lisos. En otros lugares de la gruta ocuparon los exploradores dos bastones aparentemente elaborados por los indios, tiestos, percutidores de piedra; pero nada, excepto un trozo de cazuela, un bruñidor y una hacha imperfecta, indicaba cuál era la cultura de los antiguos frecuentadores de la caverna; si bien eso pocos remanentes parecían indicar el paso de la civilización *taína*. Probablemente, concluye Harrington, *taínos* y *ciboneyes* estuvieron en esa cueva, que fue llamada del *cemí*; pero que los habitantes del lugar llaman de la *Cucaracha* o de los *Bichos*.

En una de las cuevas de esta serie de La Patana, se descubrieron multitud de *siguas* y *cobos*, un pedernal y huesos de *megalocnus* y unos pocos restos de alfarería con esa decoración "*cross-hatch*", similar a la hallada en Jamaica, y en los depósitos *ciboneyes* del mismo Oriente de Cuba. También, y fue lo de mejor interés, se hallaron huesos humanos dislocados, de adultos y niños. El conjunto de los objetos obtenidos en esta excavación demuestra una base

ciboney, con unos pocos restos *taínos* superpuestos.

La zona de La Patana, de tan fructuosas excavaciones, tuvo que ser abandonada sin agotar sus ricos filones arqueológicos, y es de esperar que comprobada su valiosa significación como indudable centro de poblamiento indio, se emprenda la exploración de nuevo con suficientes medios, tiempo y sistema, como en general, la de toda la rica comarca de Cabo Maisí. Y que sea por cubanos.

Descubrimientos en El Paredón, Oriente

El capítulo XI del libro de Harrington, ilustrado por mapas, planos, dibujos y fotografías, se refiere a los hallazgos de Big Wall Site, como él dice, o sea de El Paredón, como podremos traducir, en San Lucas, lugar al norte del Río Maya y más cerca de Cabo Maisí.

La notable del lugar es un largo terraplén o *mound* de tierra, de 260 pies de longitud por 30 o 40 de anchura y unos 6 de altura. Cerca de cada extremo del *paredón*, existe un pequeño montículo o *lometón* circular, y otro hay, más pequeño, hacia el centro.

La abundancia de restos del antiguo centro de población india se da en todas partes, especialmente en el oeste. Las trincheras abiertas demostraron una primera capa de tierra roja, después una capa de tierra oscura de 14 a 27 pulgadas de espesor conteniendo desechos de la población, como cenizas, tiestos de alfarería, algunos de éstos decorados, adornos de concha, univalvos marinos y terrestres, huesos de animal, etc. Más abajo, un depósito de “bocas” de cangrejo, pequeñas conchas y cenizas, y al fondo, el subsuelo rojizo. Análoga conformación encontróse en todas las excavaciones, demostrando que el *paredón* está construido totalmente de residuos de la población, con algunas piedras, y los llamados por los arqueólogos, “restos de cocina”.

Lo mismo ocurrió en los lometones, en los que se halló un raro cuchillo de pedernal.

Algunos esqueletos fueron descubiertos. El primero fue enterrado encorvado sobre el lado izquierdo, con la cabeza al Este. Su brazo izquierdo doblado, y el derecho descansando sobre el abdomen. El cráneo era de los artificialmente aplanados, la primera evidencia, dice Harrington, que liga la deformación craneana de los indios de Maisí, sobre la cual tanto se ha escrito, con la cultura *taína-aruaca*.

El segundo esqueleto reposaba sobre su costado derecho, con la cabeza hacia el nordeste, el brazo derecho sobre el

abdomen, y el izquierdo bajo la barba. El cráneo, aunque en muy mal estado, parece ser también de los aplanados.

El esqueleto tercero, de un viejo, estaba doblado sobre su lado derecho, con el cráneo hacia el Sur y *mirando* al Este, con la mano izquierda en el codo derecho, y la mano derecha en la pelvis.

El cráneo también es aplanado. Este esqueleto con su enterramiento, puede verse en el Museo de Antropología de la Universidad Nacional, hábilmente preparado por el Dr. Víctor J. Rodríguez, habiendo sido donado este valioso ejemplar por Harrington a la Universidad.

El cuarto esqueleto mostró el frontal aplanado, acostado sobre el lado izquierdo, cabeza hacia el Norte, cara hacia el Oriente, y los brazos y piernas doblados.

El quinto esqueleto, también de cráneo deformado, ofreció una variante en su posición, estando boca arriba, con la cabeza al este-nordeste y la cara hacia el sur, con las piernas dobladas sobre el cuerpo y cruzadas.

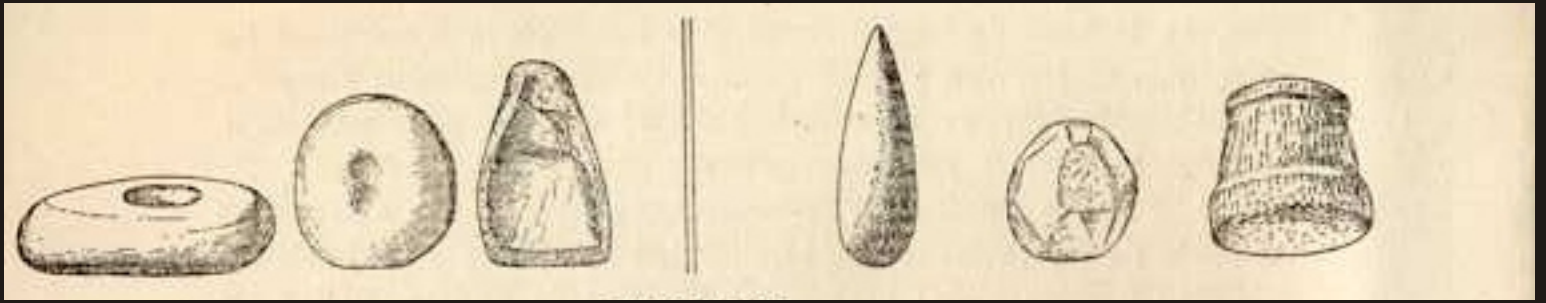
Otros dos esqueletos fueron hallados, demostrativos todos, por lo *taíno* del lugar y por los usuales artefactos *taínos* hallados en su alrededor, que esos huesos pertenecieron a indios *taínos*, con el cráneo artificialmente aplanado en la frente.

Esos artefactos son principalmente tiestos de cerámica, de barro, con decoraciones características *taínas*, las típicas asas con cabezas grotescas, de las cuales una, muy interesante, es burda estilización de una figura femenina. Hallaron asimismo los exploradores restos de una cerámica dura y blanca, de carácter aborígen, a juzgar por su estilo decorativo.

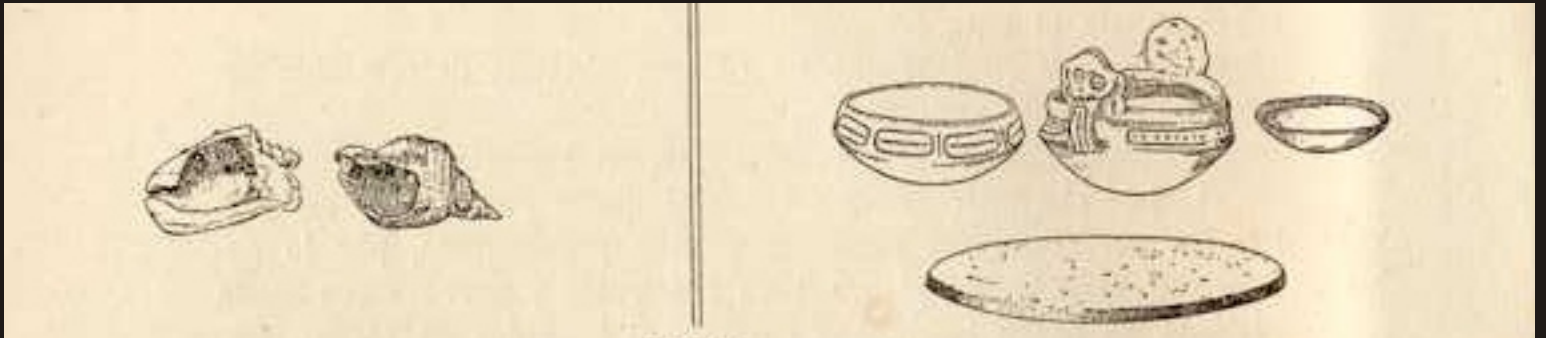
Los objetos de piedra eran los corrientes: piedras de moler, martillos, hachas petaloides, astillas de pedernal, cuentas, etc.

De hueso y concha se recogieron cuentas, puntas de flechas, pendientes, cucharas y los característicos “*swallow sticks*” que bien pudiéramos llamar en castellano, por razón de su forma y destino, “espátulas vómicas”, con las cuales se purificaban interiormente los indios en sus religiosos ritos.

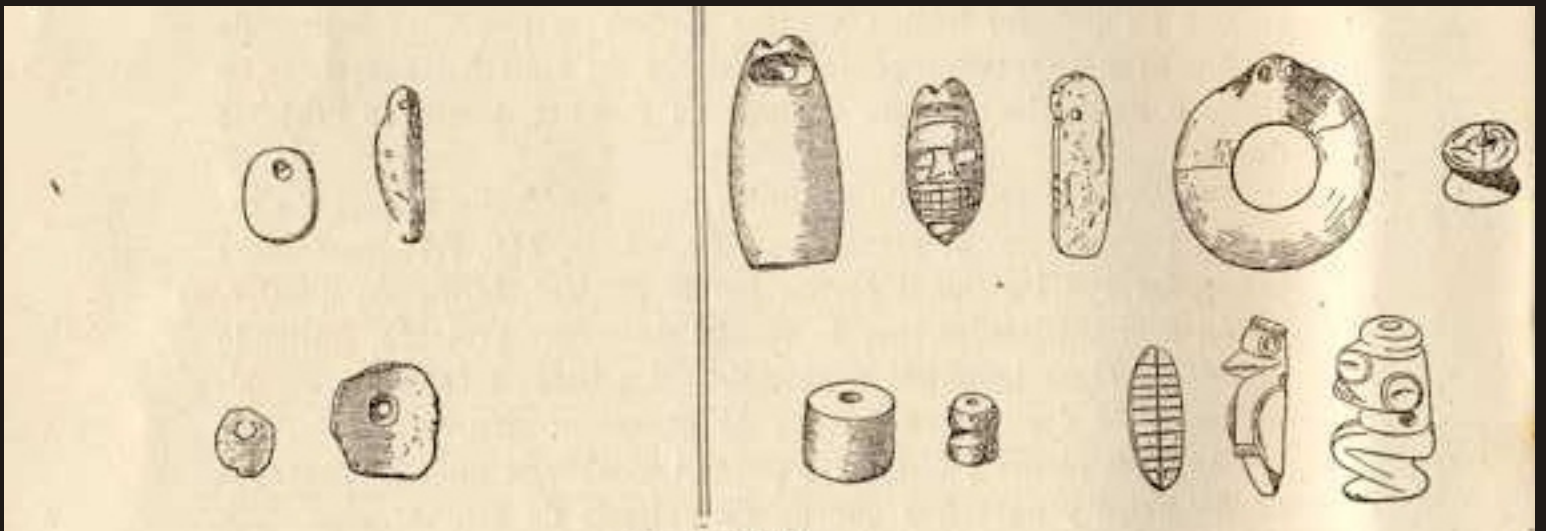
Nueve cascabeles de concha, conjuntamente hallados, pertenecieron a una especie de liga o adorno de las rodillas, como los que aún usan hoy algunos indios de los E. U., o sean los indios Pueblos, del Suroeste.



UTENSILIOS



VAJILLA



ORNAMENTOS



CIBONEY

CRANEOS

TAÍNO

Fue, también, importante el hallazgo de un depósito de trece hachas petaloides, *tainas*, “sin terminar su construcción” y algunas herramientas para hacerlas, como percutores y bruñidores.

Entre los restos animales, además de los corrientes en esos yacimientos, se catalogaron huesos del hoy raro *almiquí* (*solenodon*), de una especie de ballena, y de verdaderos *perros*, lo cual prueba que los famosos *perros mudos*, hallados por los conquistadores, y que algunos, por haberse ya extinguido esos animales, supusieron que se trataba de otra alimaña, eran realmente perros.

Lo espeso de las capas de residuos exploradas, y lo arcaico de algunos de los restos de cerámica que se hallaron, parecen demostrar que el primitivo poblamiento de este sitio por los *tainos*, debe ser tenido por uno de los primeros ocupados en Cuba por esos invasores. Un solo objeto de origen español, una punta de venablo hecha de hierro, prueba que el pueblo existía aun cuando el descubrimiento; pero siendo ese el único hallado de tal origen, se deduce que la población fue prontamente extinguida.

En “El Lindero”, “Laguna Limones” y otros lugares

El capítulo XII analiza los descubrimientos en El Lindero, Laguna Limones, Maisí, y otros lugares menos importantes de Oriente.

Cuenta Harrington que los guajiros nativos de los alrededores de su campamento hicieron pesquisas para encontrar objetos y vendérselos después. Así recogió varios ejemplares arqueológicos y supo de algunos yacimientos no explorados. En su segunda excursión, la de 1919, supo de otros dos lugares de población india, en Mesa La Papaya cerca de La Patana, y Mesa Limonal, cerca de Los Llanos, que permanecen inexplorados.

En El Lindero se descubrió mucha cerámica, algunos objetos de la cual pudieron restaurarse, de carácter marcadamente *taino*. Y son notables, entre estos, un fetiche de piedra, con una cruz grabada en el cuerpo, un pectoral de concha grabada y una espatulita vómica.

En Laguna Limones fue localizada una construcción rectangular de terraplenes, de 2 a 3 pies de altura por 14 de anchura. El cercado rectangular es de 502 pies de largo por unos 260 de ancho, con entrada en la esquina sudeste. Según Harrington, tratase probablemente de un recinto ceremonial, para baile o juegos de pelota, como los de Haití y Puerto Rico.

De los objetos aquí encontrados, todos *tainos*, los más

curiosos son los de concha, cuyo arte parece haber tenido en este centro de población su mayor progreso. Una pequeña máscara y un pájaro, bellamente grabados, parecen haber sido pendientes. Harrington no reproduce ni cataloga siquiera, los demás objetos de concha grabada, que también califica de “*fine*”; y es de lamentar. Esperamos que lo haga en la segunda parte de su obra. Algunos raspadores de piedra arenisca, que debieron de usarse en el trabajo de las conchas, son también característicos de este depósito arqueológico. En Maisí, las ligeras excavaciones hechas demuestran las dos culturas, la *taina* y la *ciboney*.

Lo mismo ocurrió en la Cueva Yumurí, cerca de Baracoa.

El Dr. Rodríguez en Veguita, en el río Jojo, cerca de Imías, halló otro lugar de población, con terraplenes, y apenas cavose algo descubrieronse objetos de cerámica, uno de los cuales, una asa con una figura de brazos, según dicen, en actitud de baile, es muy interesante y digna de estudio. Pero el sitio no pudo ser explorado y queda intacto con sus tesoros arqueológicos.

Cerca de Santiago de Cuba

El capítulo XIII del rico libro de Harrington se titula *Exploraciones cerca de Santiago*. La *Cueva del Muerto* en Siboney, de la Juraguá Iron Co., fue visitada con provecho. Hallaronse astillas de pedernal en forma de cuchillos, raspadores, uno de estos con el corte cóncavo, muchos percutores de piedra, morteros y majadores de cuarzo. Además, algunas piedras de pintura o hematites, y un pendiente de piedra también.

La cerámica fue escasa, y ninguna decorada. Y escasos también los objetos de conchas como gubias, etc. todos ya muy descompuestos.

Entre los huesos, restos de un cráneo deformado artificialmente, el único, dice Harrington, cráneo aplanado encontrado en relación directa con productos de la cultura *ciboney*. Otros huesos fueron ocupados, humanos y de animales, pero en muy mal estado. Solo dos artefactos de hueso fueron hallados: una lezna y una cuenta hecha con un hueso horadado, el primero de este estilo encontrado en Cuba por las exploraciones de la *Heye Foundation*.

Otra cueva fue recorrida, llamada de La Virgen, por una cara grabada por los indios en una estalagmita, y de la cual no se da reproducción en el libro. Parece que alguien intento arrancar las estalagmita, pero solo consiguió destruir casi el petroglifo. Esta cueva por su ídolo, su población de murciélagos y cucarachas, recuerda la de La Patana, llamada *del Zemi* por Harrington.

El Sr. Manuel Tamayo coleccionó para Harrington, en Mayarí, cerca de Nipe, una gran cazuela, una gran hacha petaliforme y otros objetos; pero no pudieron emprenderse exploraciones en forma allá en Mayarí, a pesar de los hallazgos y de las recomendaciones del Dr. Carlos de la Torre.

Este capítulo de la obra de Harrington, así como algunos párrafos del anterior, demuestran cuanta riqueza arqueológica se tiene ya localizada y que no ha podido salir a la luz por el abandono de nuestros gobiernos hacia empresas culturales de ese género. La naturaleza de este trabajo nos impide más comentarios.

Las exploraciones de Booy y Harrington en Cuba, aun con haber sido fructíferas, han revestido un carácter de orientación general. Por esto el arqueólogo americano hizo también exploraciones en la región occidental de Cuba, en Pinar del Río, no contentándose con los seguros éxitos de Oriente.

Descubrimientos en Vueltabajo

El capítulo XIV refiere la excursión científica a Pinar del Río, comenzando por el valle de Luis Lazo. En Hoy Valtoso, en un “refugio” de roca, se excavó, encontrándose algunos tiestos de barro muy toscos, y utensilios de pedernal y piedra. Harrington interpreta el depósito diciendo que debió ser un “refugio” temporalmente ocupado en tiempos históricos, o sea en los “últimos cien años” por los perseguidores supervivientes de los indios de esa región, “los últimos de los cuales fueron matados sin compasión por los blancos allá al mediar el siglo XIX”. No documenta Harrington esta tesis histórica, y es de lamentar, porque *prima facie* no parece del todo verosímil que en el siglo XIX hubiese indios en Pinar del Río. Los escasos datos que ofrece Harrington no permiten formar juicio exacto de su interpretación, pero, repetimos, nos sentimos inclinados a tenerla por precipitada. Acaso se trata de un palenque de cimarrones en un *refugio rocoso*, aprovechado también por los indios, en otro tiempo anterior al siglo último. Pero Harrington insiste más adelante en esta supervivencia de indios vueltabajeros en el siglo XIX, y la constante acuciosidad de sus datos nos impone reserva en el juicio.

En otras cuevas de San Carlos, Harrington vio con disgusto que habían sido excavadas, para aprovechar el material en abono de las vegas de tabaco; y que dondequiera que algo del suelo primitivo había sido accidentalmente respetado y dejado intacto, allí se encontraban restos de huesos humanos o astillas de pedernal, etc.

En la Cueva de los Indios, situada en El Pesquero, en la

ribera oeste del Cuyaguaje, se descubrieron huesos humanos, algunos de los cuales al parecer pintados de rojo; y tres objetos de madera, aparentemente palos puntiagudos, usados como armas arrojadas o flechas.

Una gruta, cerca de Portales, descubrió algo inesperado, el *santico de la cueva*, o sea una estalagmita de parecida figura a la humana, que los campesinos *adoran actualmente* como una milagrosa imagen del Niño Jesús. En esa cueva, una de las muchas que allí hay, está el *santico* y a su alrededor centenares de exvotos, que llenan una bóveda de la caverna. Entre esas ofrendas se ven varios velos de novias (!), allí colgados por muchachas que han logrado casarse con los novios de su agrado, y por cuyo desposorio habían hecho *promesa al santico*. Allí se ven muletas de cojos, hojas de tabaco imitadas en plata, etc. Y el *santico* sigue recibiendo en pleno siglo XX el mismo homenaje que debió recibir, mil años atrás, del salvajismo *siboney*.

En esa *Cueva del Santico* halló Harrington unos morteros cavados en la misma roca, un majador, y un gran depósito de cenizas, conchas, jutías y bocas de cangrejo indicando que la gruta fue habitada durante un largo período. Al iniciar las excavaciones tuvo Harrington que abandonarlas y embarcar para Nueva York, lamentando perder las posibilidades de interesantes descubrimientos.

En 1919 volvió el incansable explorador americano a las “cuevas de Portales”, esta vez con el Dr. Víctor Rodríguez, y a su nueva exploración dedica el capítulo XV de su libro.

Describe la naturaleza de la zona de Guane y de los depósitos arqueológicos allá encontrados.

Todos son muy primitivos: amontonamiento de cenizas con utensilios de piedra, como percutidores, morteros, adornos, guijarros, etc. y residuos de animales, como jutías, jicoteas, pájaros, caracoles, cangrejos, etc. Nada de cerámica. En su lugar se encontraron los objetos de concha, característicos de los *ciboneyes* de Oriente; los mismos hallados por Cosculluela, Montané, Rodríguez y quien esto escribe, en las costaneras de la Ciénaga de Zapata.

El pedernal era usado solo en forma de raspadores o cuchillos, sin más arte.

Algunos esqueletos se halaron en mal estado de conservación, presentando como característicos los cráneos sin deformaciones artificiales y algunos huesos con huellas de haber sido quemados.

Las cuevas exploradas fueron la del *Santico*, la de los

Murciélagos, la de Cenizas, la del Obispo y la Oscura. De todas ellas se obtuvo la prueba de la identidad de cultura entre estos indios de Pinar del Río y el *ciboney* de Oriente.

Descubrimientos en “Los Remates” y “La Güira”

El capítulo XVI continúa la reseña de la exploración en Los Remates y La Güira.

El maestro José Díaz Camejo llamó la atención de acerca de algunos objetos hallados en esa zona, de más arte que los descubiertos en las cuevas antedichas. Entre esos objetos presentados por Díaz Camejo había dos hachas petaliformes de serpentina, de tipo evidentemente *taino*. Estas hachas no son únicas, sino que otras se han encontrado en Mantua, al N. O. de Guane y en San Vicente, al N. de Viñales. Además se hallaron dos majadores de hematites y una piedra de moler granos.

El hallazgo de objetos de madera, en 1900, en Remates, consiste en un plato, una flecha y otros, hizo que Harrington y Rodríguez se dirigieran a la laguna de Malpotón, cerca del cabo de San Antonio. Allí se hallaron, en poder del dueño de la finca, esos objetos que Harrington describe.

Uno de ellos es un ejemplar único en Cuba, de bastón ceremonial, con tipo de grabado y decoración no hallado hasta ahora en las Antillas, y que recuerda unos análogos de los indios del nordeste de Sur América y hasta otros de Polinesia. Mide el bastón 22,6 pulgadas, y es de madera dura, quizás de cierta especie de palma. Es de forma cilíndrica con diámetro poco menos de una pulgada. A uno de sus extremos, en la base, forma como un disco de 2,5 pulgadas. El resto es liso, hasta unas 5 pulgadas del extremo superior, donde ostenta un grabado de rayas y puntos geométricos, que cubren casi toda la extremidad y la protuberancia en que esta consiste. El dibujo consiste en series alternativas de incisiones verticales y horizontales, e hileras de puntos. El conjunto es de bello efecto y cuidadosamente trabajado, con las difíciles herramientas de aquellos pueblos y tiempos.

Harrington cree que se trata de un bastón ceremonial, y no habiéndose hallado nada similar atribuible a los *tainos*, puede ser estimado como una buena muestra, la única, del arte decorativo del pueblo más primitivo de Cuba.

La flecha cubana, descubierta también en Malpotón, es de 3 pies y 5 pulgadas, con un diámetro máximo de una pulgada. Es de madera dura y negra, y parece trabajada con astillas de pedernal, presentando una punta aguzada casi pulimentada, y una base preparada para ser apoyada en la cuerda del arco y cogida con los dedos al tener que dispararse. Harrington

habla nuevamente de los indios flecheros de Pinar del Río, al mediar el siglo XIX, que según la popular tradición eran avezados a matar reses del ganado de los guajiros, y por éstos batidos y exterminados; demostrativo ello del uso de las flechas en esta región de Cuba, a pesar de que el uso de esas armas por los indios cubanos no es cosa averiguada por los cronistas, excepto la afirmación de que los indios del extremo oriental *aprendieron* el arte del arquero de los *caribes*, sus enemigos.

También fueron extraídos del légamo de la laguna de Malpotón un palo de los usados para hacer fuego, y otros varios, que se describirán en la segunda parte de la obra *Cuba before Columbus*.

Asimismo, algunas tazas o recipientes de madera, que parecen hechos por medio del fuego, quemando la porción inutilizable del trozo de leño y extrayendo lo carbonizado por medio de gubias de concha.

En la región circundante de hallaron morteros y majadores de piedra.

En Cayo Redondo, en la bahía de La Fe, descubrieron un conchal de *Strombus pugillus*, casi todos perforados, y huesos de tortugas, ostiones y cangrejos. Solamente un martillo de piedra se significó entre los artefactos del “mound”.

Harrington opina que el indio de La Fe, el de los Portales de Guane y el de Baracoa tenían la misma cultura, es decir, que todos eran *ciboneyes*.

En el Cabo de San Antonio

A las exploraciones arqueológicas del cabo de San Antonio, dedica Harrington el capítulo XVII de su libro.

En la región del cabo, y precisamente en el vallecito de San Juan, junto a la laguna equidistante del Golfo de Méjico y del Mar Caribe, halló la expedición de Harrington dos sitios de población con lometones de residuos. En uno solo, con una superficial exploración, pusieron al descubierto treinta gubias, diez y ocho cuentas de concha horadada, un fragmento de mortero de piedra, algunas astillas de pedernal, unas pocas vasijas de concha, algunos rudos majadores y un diminuto fragmento de cerámica aborígen; todo ello junto con cenizas y despojos de cangrejos, jutías, caracoles, tortugas y pescados.

Entre las cuentas, algunas fueron hechas con vértebras de pejes. Una consiste simplemente en el hueso, ampliada su perforación por taladramiento artificial. Otra, con igual

barrenado agujero, adornada la superficie periférica con una ranura circular. En otra, en fin, el hueso ha sido tan gastado alrededor, que ha perdido su semejanza con la vértebra originaria. Las más son trocitos de caracoles y bivalvos marinos toscamente perforados y redondeados, en todo semejantes a los encontrados en los lugares *ciboneyes* de la región de Baracoa.

Harrington dedica un párrafo, muy sentido, a la hospitalidad cubana, que siempre lo acompañó en toda la nación y en todas las clases sociales, aun en las menos cultas. Por la sinceridad con que está redactado, merece nuestra gratitud. ¡No siempre se nos hace justicia!

En Cueva Funche, a unas cinco millas al este-sudeste del valle de San Juan, hallaron reliquias cubanas de la gloriosa guerra de independencia, más abajo, en la excavación, otros restos del período colonial, y bajo todo, algunos recuerdos de la ocupación por los indios, unas gubias y dos grandes vasijas de barro sin decoración alguna, que con las descubiertas en Hoyo Valtoso, fueron las únicas obtenidas en Pinar del Río.

Estos y otros sitios fueron señalados por Harrington para una futura excursión arqueológica, que dada la afortunada pericia, auguramos que se verifique cuanto antes en provecho de la cultura científica cubana.

Descubrimientos en Viñales

Al “distrito de Viñales” consagra el autor su capítulo XVIII. Fueron varias las cuevas visitadas en el pintoresco valle por los excursionistas, algunas inhabitadas por los aborígenes, por ser realmente inhabitables.

Recorrieron la Cueva de los Santos, llamada así porque ciertas estalactitas recuerdan con sus perfiles las esculturas de las iglesias católicas. En esta gruta encontraron un percutidor de impura hematites, con muestras de mucho uso, una rota vasija de concha y depósito de residuos.

En una cueva cerca de San Vicente vivió una familia cubana hace pocos años, pero junto con sus restos halláronse otros prehistóricos, como astillas de pedernal, fragmentos de vasijas de concha, aparte de los usuales residuos de cangrejo, caracoles, jutías y demás animales que sirvieron de alimento.

En un lugar de Arroyo de las Vueltas, que mostró algunas reliquias paleolíticas, fueron halladas tiempo atrás unas hermosas hachas petaliformes de carácter *taino*, de la colección del Dr. García, en Pinar del Río.

Cerca de San Vicente y la mina *Constancia*, visitaron una construcción ruinoso conocida como el *horno de los indios*. Consiste en una construcción circular de unos 8 pies de diámetro interior, de piedras y barro, con una estrecha entrada al este. En el centro tiene una hoyo de cinco pies de diámetro, recubiertas sus paredes con piedras revestidas de fango. No encuentre signo alguno de haberse empleado allí el fuego, ni tampoco residuos de poblamiento en sus proximidades. La tradición local dice que la extraña construcción fue hallada por los primeros que allí desmontaron, pero no el uso para que se destinó. Otros análogos, se dice que se encuentra en la región, y su estudio sería indispensable para aclarar su origen. Harrington supone que es un horno fabricado por los antiguos pobladores hispanos para extraer la brea de los pinos, abundantes en el país.

El arqueólogo norteamericano concluye diciendo que Pinar del Río se ha caracterizado arqueológicamente por la rudeza y primitividad de cultura de sus aborígenes, idéntica a la descubierta en Baracoa y en la Ciénaga de Zapata, lo cual concuerda con el dicho de los cronistas conquistadores, al asegurar que en el extremo occidental de Cuba vivía un pueblo my atrasado, el de los *guanahatabibes*, cuya civilización era más primitiva que la de los *tainos*, que ocupaban la mayor parte de la isla, y cuyo lenguaje era distinto. Harrington dice que los *guanahatabibes* eran los supervivientes del pueblo *ciboney*, que en época anterior ocupó toda Cuba y que había sido en buena parte dominado por los *tainos* procedentes de Haití.

El hallazgo de Vueltabajo de unas pocas piedras petaloides de origen *taino*, puede explicarse por importación de *tainos* fugitivos cuando la conquista; acaso por alguna colonia *taina*, ultimo avance de la invasión *aruaca*; o por comercio de los *ciboneyes guanahatabibes* del Oeste con los *tainos* del Este.

Las dos civilizaciones indocubanas: Ciboney y Taína

Los dos últimos capítulos de la obra a que nos venimos refiriendo son de interesantes conclusiones. El XIX se titula *Civilizaciones halladas en Cuba*.

Por lo menos fueron dos, dice Harrington, las civilizaciones cubanas prehistóricas. Fewkes ya lo creía; perola expedición de la *Heye Foundation* ha servido para demostrar la certeza de esa tesis arqueológica; y Harrington las representa con los apelativos de *Ciboney* y *Taino*, basándose en los antecedentes de los historiadores y en el uso de los paleoetnólogos contemporáneos.

Harrington pasa a analizar, y esta es acaso la parte más

importante de su trabajo, las características de cada una de ambas civilizaciones.

La *civilización siboney* se caracteriza:

1. Por sus *herramientas*: la gubia hecha de concha, muy abundante; el *hacha* (2) de concha también, más rara; el percusor de piedra y la piedra mortero con una poco profunda concavidad.

2. Por sus *vasijas*, siendo típica la hecha de un *guamo* u otros grandes caracoles marinos (*strombus gigas*, *triton nodifrus*, *cassis tuberosus*, etc.), por extracción de su espira y volutas interiores.

3. Por sus *ornamentos*, como los pinjantes hechos toscamente de la columela de un caracol marino o de piedra, perforada en un extremo para su suspensión; y toscos discos pequeños de nácar, concha o piedra.

4. Por su *habitación*; allá en Baracoa en los refugios rupestres, en la boca de las cavernas a lo largo de la costa y en las gargantas de los ríos, si bien algunas veces se encuentran lugares de población *ciboney* a campo abierto; en la región occidental, en lugares abiertos y en cuevas cerca de corrientes fluviales.

5. Por sus *costumbres funerarias*, enterrando sus muertos en el suelo de las cavernas, sin regularidad en cuanto a profundidad, posición u orientación; pero en la Ciénaga de Zapata, en los enterrorios de los caneyes, los esqueletos parecen colocados con las cabezas hacia el Este.

6. Por sus *cráneos* que no ofrecen ninguna deformación artificial.

La *civilización taína* se caracteriza, análogamente:

1. Por sus *instrumentos*, como el hacha petaloide o amigdaliforme perfectamente simétrica y muy pulimentada, por lo general; el majador de piedra, bien construido y a veces con algún grabado de figura humana o animal; el bruñidor de piedra, frecuentemente de forma globular, de diorita o pedernal, mostrando su uso en trabajar hachas y otras piedras; y pequeñas lajitas de piedra arenosa usadas como alisadores de superficies ásperas, y limas o herramientas para ranurar en conchas, huesos o maderas duras.

2. Por sus *vasijas* de cerámica, comprendiendo formas de cazuela, tazas, platos y, alguna vez, de botella, etc., frecuentemente decoradas con incisiones curvas por lo

general, formando dibujos, o con asas modeladas, por lo común de forma grotesca, imitando efigies de seres humanos o animales, y a veces mostrando combinaciones de dos o tres formas de ornamentación. Además, por sus *burenes* planos y circulares para el casabe, de unas 20 pulgadas de diámetro y unos tres cuartos de pulgada de espesor.

3. Por sus *ornamentos* numerosos: orejeras de concha; pinjantes de concha y nácar, usualmente en forma de disco o de garra (*claw-like*); sonajas hechas de conchas de *oliva* con las espina destruida; amuletos en forma de figuritas hechas de piedra o concha; óvalos de nácar con incisiones representando dientes, destinados a ser incrustados en la boca de las figuras esculpidas en madera; largos y frágiles objetos de hueso, en forma de mango de cuchara, a menudo bellamente grabados, conocidos por *swallow-sticks*, que nosotros, como ya se dijo, nos permitimos traducir por “espátulas vómicas”; y, en fin, sus trabajos en madera, con sus típicos motivos ornamentales y las grotescas cabezas, que recuerdan las de su cerámica y sus grabados de concha, entre ellos los *dujos*, los ídolos, las bandejas y las palas.

4. Por su *habitación*, que allá en la zona de Baracoa se fijó invariablemente en las *mesas* o mesetas superiores, donde hay lluvia abundante y segura para sus plantaciones de maíz y yuca, y cerca de agua potable. Los lugares de población *taína* están marcados por lometones de residuos y terraplenes. Alguna vez se encuentran reliquias *taínas* en las costas.

5. Por sus *costumbres funerarias*, que se reducen a dos formas de enterramiento: una en las afueras de la población, en los lometones, conchales o caneyes, en posición doblada y con frecuencia vuelta la cara a Este; y otra, depositando el cadáver en una cueva y, siendo practicable, cerrando la entrada de la concavidad por medio de piedras.

6. Por sus *cráneos*, pues todos los hallados por las expediciones arqueológicas de Harrington, en depósitos de artefactos *taínos*, presentan la famosa deformación artificial por aplanamiento frontal.

Harrington ha trazado un cuadro comparativo y sintético de ambas culturas. En su obra viene representado por la lámina CVIII, la cual reproducimos como ilustrativa de este trabajo, traduciendo sus términos, por cortesía de su autor, que expresamente agradecemos. Es una grafica representación, al alcance del menos documentado en estos estudios arqueológicos, que hará sin duda época en la historia de la arqueología cubana.

En ese cuadro comparativo de las culturas *siboney* y *taína*, cuya caracterización ha quedado ya por la obra de Harrington definitivamente fijada, se distinguen los instrumentos primitivos, las vasijas, los adornos y los cráneos, prescindiéndose atinadamente de los objetos que pueden ser tenido como de ambas civilizaciones, tales como las astillas de pedernal usadas como cuchillos, puntas de armas arrojadas, taladros, raspadores o raederas, buriles, etc. Estos instrumentos encuéntrase en los depósitos arqueológicos de ambas civilizaciones, pero acaso una de sus formas pueda escogerse como típicamente *ciboney*: una raedera biselada por un solo lado en la cual el filo raedor es cóncavo, a propósito para raspar las varas de madera dura, con que hacían las flechas y jaras.

Otros objetos, que pueden considerarse como comunes a las dos culturas, son los pesos de piedra, tenidos por *net-sinkers* o “sumergidores de redes”; los majadores cilíndricos de piedra; leznas hechas de huesos agudizados; cuentas de caracolitos marinos, de vértebras de peces y de concha.

Algunas reliquias arqueológicas son aun de dudoso origen, tales como las vasijas de barro generalmente lisas, pero a veces decoradas con simples motivos angulares, o toscas vasijas de forma globular aplanada y del tipo conocido por “*boat-shape*” o navicular. Ambas formas, semiglobular y navicular no son desconocidas en la cerámica *taína*; pero es significativo que tales formas, y únicamente esas, sean las que se encuentren aparentemente asociadas a la cultura *ciboney*.

El examen de la antigua cerámica jamaíquina sugiere a Harrington la posibilidad de que algunas colonias de primitivos indios de Jamaica se establecieran en Cuba antes del arribo de los *taínos*; o de que algunos grupos *ciboneyes* absorbidos por la conquista *taína* aprendiera de estos la alfarería y aplicaran como decorativos los mismos simples motivos angulares, que acostumbraban usar en otras labores. Esto explicaría, al parecer, que en la mayor parte de los yacimientos *ciboneyes* no se encuentren ni tiestos ni rastros de cerámica. De todos modos, ello merece ulterior estudio, porque la alfarería *ciboney* aun no puede darse por probada, y los ejemplares hallados en sus depósitos pueden ser intrusos.

También puede estimarse como de dudosa procedencia las hachas o *celts*, pues aunque se encontraron en sitios *ciboneyes* de Baracoa y hasta una muy tosca en la Ciénaga de Zapata, generalmente se hallaron en lugares donde debe de sospecharse una superpuesta ocupación *taína*, y, de todos modos, nunca de forma petaloide.

Asimismo son de dudoso origen las toscas esculturas en as estalagmitas y las paredes de las cuevas, si bien cree Harrington que, al menos en las más rudas, sean *ciboneyes*. Lo mismo ocurre con los majadores cónicos, de los cuales acaso deba creerse que fueron empleados por ambos pueblos.

Tampoco pueden catalogarse como *taínos* los reseñados objetos de madera, descubiertos en Malpotón, pues no ofrecen ninguno de sus típicos patrones decorativos, como sus ondeantes curvas, sus ojos convencionales, y sus grotescas cabezas; pues el único objeto decorado es el referido bastón ceremonial y su ornamentación es completamente extraña a los métodos y tipos *taínos*.

Todos esos objetos dudosos, provisionalmente, a los efectos de una simple exposición en museos, puede comprenderse entre los *ciboneyes*, a reserva de una definitiva clasificación.

Además de los lugares de población, que fueron primeramente *ciboneyes* y después *taínos*, en los cuales naturalmente se encuentran objetos mezclados de ambas civilizaciones, se observa alguna vez que en depósitos *taínos*, aparece algún aislado objeto típicamente *ciboney*; y esto se explica fácilmente bien porque fuese llevado como curiosidad o trofeo, o bien porque perteneciese a algún infeliz *siboney* sirviente o esclavo del *taíno*.

Esto sin contar, podría añadir, Harrington, que el uso de algunos objetos *ciboneyes*, como la vasija hecha de un *guamo*, o el *foto* como instrumento de música, ha sobrevivido hasta nuestros días entre los blancos, y por más poderosa razón pudo alguna vez ser adoptado por algún grupo *taíno*.

De las investigaciones de Harrington y de los anteriores descubrimientos arqueológicos se deduce que la cultura *ciboney* comprendió toda la isla, desde Oriente a Occidente, y que la *taína* ocupó desde Oriente hasta Morón. Desde este punto hacia el Oeste solo se tienen algunos esporádicos hallazgos de hachas petaloides en Sancti-Spíritus, Zapata, Matanzas, San Miguel en la Habana y en Pinar del Río.

La cultura *taína* hállase también en Haití y en las Bahamas y, en forma más avanzada, en Puerto Rico. En cambio los *taínos* de Jamaica debieron de ser menos adelantados a juzgar por sus restos arqueológicos, hasta el punto de que su cultura puede ser bien llamada *sub-taína*. Hállanse, asimismo recuerdos *taínos* en las Antillas Menores, si bien allí aparece otra cultura, la *Caribe*, la cual no está aun debidamente estudiada en su arqueología.

En cuanto a la extensión de los *ciboneyes* por otras islas, parece encontrarse igual cultura, según datos históricos, en Guacayarima, al Oeste de Haití.

El autor de estos renglones puede añadir que la cultura *ciboney* ocupó también la Isla de Pinos, como demostrará en próximo estudio dando cuenta de sus descubrimientos en las cavernas de aquella Antilla casi olvidada, a pesar de que por su extensión no puede considerarse de las menores del gran archipiélago, después de Jamaica.

Harrington explica las razones para el empleo de las voces *ciboney* y *taíno*, respectivamente, como denominativas de ambas culturas. La voz *ciboney* fue usada por Fray Bartolomé de las Casas, como apelativo que daban los indios de Oriente a un pueblo que tenían sometido como sirviente y del que había población en la parte occidental de Cuba. El vocablo *taíno* se debe a la relación de Pedro Martyr de Angleria, quien refiere cómo en el segundo viaje de Colón, se le aceraron a éste ciertos indios de la Española diciéndole que eran *taínos*, o sea buenos y no caníbales. Los autores han escogido ambos términos para significar las dos culturas reseñadas.

Sus contactos con otras culturas

Los arqueólogos cubanos, dice Harrington, discuten si hubo en Cuba colonias de *caribes*, sosteniéndose por lo común la afirmativa de Poey, sobre la base de que los muchos cráneos deformados, que han sido hallados en la parte oriental de la isla, son sin duda *caribes*. Esta teoría descansa en la creencia, que todos han aceptado, menos Bachiller y Morales, de que tal deformación craneana es costumbre exclusiva de los indios *caribes*.

Harrington se declara contra esa tesis, por el hecho de haberse descubierto iguales cráneos deformados frecuentemente en las islas *taínas*, como Haití, Jamaica y Bahamas. En Cuba, además, siempre tales cráneos se han encontrados en enterramientos típicamente *taínos* con remanentes de esta cultura. Por otra parte Oviedo y Charlevoix históricamente demuestran que los indios de Haití practicaban ese aplanamiento del frontal; y así lo asegura para los indios borinqueños Fray Iñigo Abad.

Además, en estas Grandes Antillas, por lo general, no se han descubierto restos que puedan calificarse como típicamente *caribes*. En Cuba, añade Harrington, solo tres destrales de piedra pueden tenerse por *caribes*, a juzgar por su forma: una hallada en Baracoa, otra en Banes y otra en Matanzas, lo cual basta para pensar en posibles correrías *caribes* por la costa, pero no en colonias.

Fewkes piensa que en Cuba pudo haber una tercera cultura, además de la *taína* y la de los trogloditas o *ciboneyes*, raza de pescadores, habitantes de los cayos. Harrington cree que estos eran los mismos *ciboneyes*.

Queda por definir la cultura de los indios que habitaron los palafitos hallados por Cosculluela en la Laguna del Tesoro; pero se requerirá una minuciosa exploración, aunque *prima facie* puedan suponerse *ciboneyes*.

A la influencia de las culturas continentales en Cuba, Harrington dedica breves párrafos.

Todavía no se ha descubierto un objeto que permita suponer una influencia del arte *Maya* de Yucatán.

En cuanto al sudeste de los Estados Unidos, algunos sostienen que la cultura *taína* pasó de las islas al continente y no viceversa, hallándose en esa zona, desde el Golfo a Tennessee y del Atlántico a la parte oriental de Tejas, la típica *cazuela taína*, y algunas hachas petaloides se han descubierto hasta en Georgia. Holmes llama la atención acerca de que los característicos motivos decorativos de la cerámica *taína*, encuéntrase entre los indios de esa región nortea, suponiendo una influencia meridional traída de las Antillas. Aun en la Florida los *seminoles* usan el bohío cubano, que es aborigen, y el uso alimenticio de la raíz de *coonti* rayado recuerda el casabe de los indios de Cuba. En cambio, en las Antillas no se encuentran las puntas de flechas de pedernal, las pipas, ni otros objetos típicos de esa zona de los Estados Unidos. Esto, en cuanto a la cultura *taína*.

Fewkes, refiriéndose a la cultura primitiva de Cuba, la *ciboney*, dice que la conexión de los pescadores de Cuba con la población de los cayos de la Florida es íntima, pero aun no puede determinarse cual procede de la otra. Harrington añade que en el museo de la *Heye Foundation* se tiene objetos indios idénticos a los del cabo de San Antonio, encontrados en los conchales de la Florida, y las mismas gubias, hachas y vasijas de caracol, similares a las *ciboneyes* de Cuba. Si pudiera demostrarse que los pueblos pescadores de Cuba recibieron su cultura de los de la Florida, habría que pensar en un antiguo poblamiento norteamericano de Cuba y Haití, cuando menos, combatido más tarde y dominado por una invasión suramericana de *aruacas* o *taínos*. En cuanto al origen de la cultura *taína* no cabe duda que hay que estudiarlo en Sur América, donde *aruacas* y *caribes* aun viven numerosos. Pero en cuanto al origen *ciboney* nada puede asegurarse, y su procedencia norteamericana es posible.

El desarrollo histórico de Cuba y demás Antillas sugerido por el estado actual de la arqueología, lo resume Harrington suponiendo tres sucesivas invasiones; la primera, del pueblo *ciboney*; la segunda, la *taina*, desde Sur América, alcanzando todo su esplendor en Puerto Rico, y no pasando del oriente de Cuba y las Bahamas; y la tercera, la *caribe*, que conquistó las Antillas menores, y que cuando la invasión de estas Indias por los europeos, estaba en auge, amenazando con extenderse hacia el norte conquistando las Antillas mayores.

Hasta aquí la reseña de los descubrimientos de Booy y de Harrington, y sus conclusiones. El libro termina con un minucioso índice y una relación bibliográfica. La notable obra *Cuba before Columbus*, por la amplitud de sus observaciones, por la base original de exploración, por lo acucioso de los análisis y por la novedad de sus conclusiones sintéticas *hace época* en la historia de la arqueología cubana. Creemos que no pocas ideas, antes vagas y borrosas, se han consolidado, y que hemos al fin

sobrepasado la época de la arqueología basada en inducciones más o menos dialécticas y caprichosas sobre los datos históricos de los cronistas del siglo XVI, para entrar en una era de segura orientación, con las exploraciones sobre el terreno como base y la etnografía y la lingüística comparadas como guías.

La segunda parte de la obra, que estudiará la sociedad cubana precolombina, promete ser digno remate de esta parte inicial, que tanto provecho trae a la ciencia cubana. Que pronto vea la luz pública es nuestro cordial augurio.

La Habana, 1922.

Notas

- (1) Véase los números 117 y 118 (septiembre y octubre, 1922) de Cuba Contemporánea.
- (2) Adoptamos este vocablo, siguiendo el uso de los arqueólogos españoles e hispanoamericanos de traducir por hacha la voz *celt*, que usan con significación más precisa los etnólogos anglosajones. El vocablo castellano no es del todo propio.

GALERÍA Arqueológica

CONVOCATORIA

Cuba Arqueológica se place en invitar a todos los interesados a participar en la Galería Arqueológica, espacio dedicado a la divulgación gráfica. Se puede participar mediante fotografías o dibujos de arqueología en general, paisajes arqueológicos, etc. de la región del Caribe.

Las imágenes deben ser enviadas en formato JPG. Además, se solicita: título de la exposición, autores y un resumen de un párrafo.

La información se enviará a: **Santiago F. Silva García**
ssilva@cubaarqueologica.org

[Http://www.cubaarqueologica.org/galeria](http://www.cubaarqueologica.org/galeria)

